

## BIBLIOGRAFIA

ALBERTO CATURELLI, *Metafísica del Trabajo*, Librería Huemul, Buenos Aires, 1982, 175 pp.

El libro comienza por establecer las bases metafísicas del trabajo, en una Primera Parte. El autor recuerda una verdad fundamental, un tanto olvidada y hasta descuidada: la distinción entre acción metafísica y acción transeúnte. La primera es una actividad sin efecto distinto de ella, que perfecciona por sí misma al sujeto. Tal el acto de conocimiento, principalmente intelectual. Esa actividad termina en sí mismo, en la contemplación del ser —esse—, el cual se de-vela en la conciencia inmanente, pero como participado y no agotado en sí mismo y con una esencial referencia al Esse subsistente e imparticipado, que lo causa. Por eso, la actividad metafísica incluye en la inmanencia de la conciencia una esencial referencia al ser trascendente y, en definitiva, al Ser divino imparticipado.

Desde esta actividad primera, en un segundo momento, la inteligencia elabora el ejemplar de la acción transeúnte, que luego, unida a la libertad y al cuerpo realiza el efecto de la obra; finalmente a estos tres momentos de la acción transeúnte, sigue una contemplación y complacencia del efecto realizado.

El trabajo consiste precisamente en esta acción que nace de la contemplación de la inteligencia y se realiza con ella y la libertad con la intervención del cuerpo, de las manos sobre todo, de cuya múltiple capacidad ha escrito el autor una bella página. El cuerpo actúa unido substancialmente al alma, es el cuerpo de una persona, que es también y sobre todo espiritual. Cuerpo y espíritu son inseparables del trabajo.

De aquí que del trabajo están excluidos, por los dos extremos: Dios, por arriba, por carecer de cuerpo y obrar bajo la razón de ser con la actuación inmediata de su Inteligencia y Voluntad; y, por abajo, los animales y seres materiales, por carecer de inteligencia y voluntad.

El trabajo es, pues, la actividad transeúnte de un ser espiritual unido substancialmente a la materia, o para decirlo como el autor, "es una acción transeúnte ejercida por el hombre (como causa agente), por medio de la cual se produce una obra (efecto)" (p. 49).

A la luz de estos sólidos principios metafísicos, el autor va a poder esclarecer las múltiples y complejas facetas metafísicas, psíquicas, morales, jurídicas y sociales que el trabajo implica, en las partes siguientes de su libro.

Tal actividad transeúnte del hombre para transformar la materia, puede realizarse ya como *trabajo* estrictamente —el caso del artesano—, ya como *labor*, o sea, la actividad del que trabaja la tierra para obtener de ella los frutos de una manera abundante y ordenada —el caso del labriego—, y ya como *tarea*, como una función instrumental que se ejerce para un trabajo —el caso de un empleado de oficina.

La actividad intelectual o contemplativa, la búsqueda de la verdad o ser, por la verdad misma, no es trabajo, no es acción transeúnte corporal. Por eso, a esta actividad intelectual no se la debe llamar trabajo intelectual.

Tampoco el juego es trabajo, ni siquiera cultura, como ha pretendido Huitzinga, pues no es *ocio* dedicado a la contemplación, sino relajación o simple descanso del trabajo.

Con fuerza subraya Caturelli la supremacía jerárquica de la contemplación sobre el trabajo. La contemplación es primera y funda al trabajo. Pero la perfección humana, estrictamente tal, se realiza por la actividad desinteresada de la acción inmanente contemplativa, que enriquece con la posesión del ser o verdad a la persona, y no por el trabajo, que es de los *medios útiles*, ordenados a aquella contemplación.

De todos modos esta jerarquía no es oposición sino integración: el trabajo sirve y ayuda a la contemplación. Para que haya una María que contemple, tiene que haber una Marta que trabaje o, como dice Santo Tomás: "para que algunos santos contemplen, la ciudad trabaja".

Siempre iluminado por los principios metafísicos asentados, Caturelli analiza luego los caracteres del trabajo, tales como la creación, alegría y pena de que él va acompañado, y sobre todo, la *división del trabajo*, en que la causa eficiente y la acción misma puede ser múltiple, con tal que se conserven los tres elementos constitutivos del trabajo, antes mencionados.

A este respecto el autor estudia la *automatización y la automación*, que llega a realizar el trabajo por un proceso cerrado, sin obreros, mediante la actividad cibernética.

Sobre tan delicado tema, el autor señala qué elementos son necesarios para que tal actividad siga siendo trabajo, pero advierte sobre los peligros de la deshumanización del trabajo que tal actividad encierra.

Con Santo Tomás hace ver que el dominio, estrictamente tal de las cosas, sólo pertenece al Creador de las mismas que es Dios; y que el derecho de propiedad de los hombres es solamente sobre el *uso*. Sin embargo, la propiedad, subraya el autor con varios argumentos, sigue siendo un derecho natural secundario, derivado de los primeros principios "como una conclusión de la razón humana" (Santo Tomás).

De este derecho de propiedad el trabajo es el título fundamental, y el mismo capital suele ser una acumulación de trabajo. Entre ambos, debe haber integración, fundado en el orden humano de la corporaciones o sindicatos de obreros y patrones. Cuidadosamente distingue el autor entre el derecho de propiedad del capital, del capitalismo liberal, que pretende otorgar un dominio absoluto a quien lo detenta, olvidando que la propiedad está destinada por Dios para el bien de todos los hombres.

Finalmente el autor se ocupa del *ocio*, no "como pereza activa, sino como ocio constructivo". Vuelve así a lo del comienzo del libro: la contemplación es requerida como lo primero y lo último, y el trabajo es un instrumento intermedio, que se hace con la finalidad de crear el tiempo sin trabajo, no "como tiempo libre", sino como *ocio* para la actividad suprema y contemplativa del espíritu: el estudio, la meditación, el arte, la actividad religiosa y, en general, la

cultura. A la luz de la contemplación, el trabajo logra toda su significación como fruto y preparación para la misma.

Caturelli ha llevado a cabo una ardua meditación metafísica, auténtica, seria, profunda, concatenada con un rigor lógico a través de todos sus pasos y expuesta con una ejemplar claridad. Este nuevo libro, añadido a los anteriores, coloca a Caturelli entre los mejores filósofos cristianos de América y Occidente.

OCTAVIO N. DERISI

JOSE MARIA DE ESTRADA, *Breve Estética Filosófica*, ed. Club de Lectores, Buenos Aires, 1980.

El autor de este trabajo es el profesor titular de la cátedra de Filosofía del Arte, de la Universidad Católica. De modo que es una autoridad plenamente reconocida en esta materia, con lo cual la obra a comentar cuenta de antemano con avales suficientes como para incitar al lector a su lectura.

Es una obra, como su título indica, "Breve...", escrita en un estilo claro y sencillo, casi coloquial. En cuanto al género, no es estrictamente hablando un ensayo filosófico, sino más bien un manual de filosofía del arte, puesto que se ocupa de todos, o casi todos los temas que constituyen esta disciplina. Y así lo hace notar el autor cuando dice: "El material que integra este libro ha sido en gran parte redactado con fines didácticos y difundido limitadamente entre alumnos de cursos universitarios" (p. 11). El trabajo se apoya en Santo Tomás y Aristóteles, sin dejar de lado a J. Maritain, al que cita reiteradamente.

La articulación de la obra se estructura en dos planos: fenomenológico y ontológico. Al primero pertenecen la caracterización de la obra de arte, sus raíces antropológicas y la noción de mimesis, que corresponden a Aristóteles; mientras que al segundo pertenece su fundamentación metafísica, es decir, la explicitación del concepto de belleza y su basamento, que se hallan en la escolástica y su teoría de los trascendentales.

El libro está compuesto de siete capítulos, los que sucintamente pasamos a reseñar: Capítulo I. *El Arte en la vida humana*, donde se define el arte como "un hábito productivo acompañado de razón verdadera", según la clásica definición de Aristóteles.

Capítulo II: *La Reflexión sobre el arte y la estética filosófica*, donde se establece la distinción entre: a) crítica de arte, cuyo objeto es juzgar la obra individualmente; b) ciencia estética; que se ocupa de las normas que rigen la obra de arte; y c) filosofía del arte o estética filosófica, que estudia el fundamento de todo arte.

Capítulo III: *La esencia de lo estético*. Se ocupa del ente estético, analizando desde la tesis metafísica de la analogía del ser, para pasar luego a caracterizar los distintos elementos constitutivos de la obra de arte, mediante una